



«CAZADORES DE
SOMBRAS CREA UN
MUNDO EN EL QUE ME
ENCANTARÍA VIVIR.»

STEPHENIE MEYER
Autora de
CREPÚSCULO

CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

5. CIUDAD DE LAS ALMAS PERDIDAS

DESTINO

Prólogo

Simon miraba aturdido la puerta de su casa.

Nunca había conocido otro hogar. Ahí lo habían llevado sus padres después de nacer. Había crecido entre las paredes de esa casa adosada de Brooklyn. Había jugado en la calle bajo la sombra de los árboles en verano, y había improvisado trineos con las tapas de los cubos de basura en invierno. En esa casa se había sentado su familia durante el shivah, la primera semana de luto, después de la muerte de su padre. Ahí había besado a Clary por primera vez.

Nunca se habría imaginado que un día esa puerta estaría cerrada para él. La última vez que había visto a su madre, ésta le había llamado monstruo y le había rogado que se marchara. Él le había hecho olvidar que era un vampiro, por medio de un glamour, pero no había sabido cuánto duraría ese glamour. Bajo el frío aire otoñal, mirando al frente, supo que no había durado lo suficiente.

La puerta estaba cubierta de símbolos: estrellas de David dibujadas con pinturas, la forma grabada del símbolo de Chai, vida. Había tiras de pergamino con pasajes de la Biblia atados al picaporte y la aldaba. Una hamsa, la Mano de Dios, cubría la mirilla.

Como ausente, puso la mano sobre el mezuzah de metal pegado al lado derecho del marco. Vio alzarse humo del lugar donde su mano había tocado el objeto sagrado, pero no sintió nada, ningún dolor. Sólo un terrible vacío, que lentamente se convertía en furia.

Dio una patada a la puerta y oyó el eco en la casa.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, soy yo!

No hubo respuesta, sólo el ruido de los cerrojos al cerrarse. Su agudizado oído había reconocido los pasos de su madre, su respiración, pero ella no dijo nada. Simon podía oler el acre miedo y el pánico incluso a través de la madera.

—¡Mamá! —Se le quebró la voz—. ¡Mama, esto es ridículo! ¡Déjame entrar! ¡Soy yo, Simon!

La puerta se sacudió, como si ella también le hubiera dado una patada.

—¡Márchate! —Su voz sonaba áspera, irreconocible por el terror—. ¡Asesino!

—No mato a gente. —Simon apoyó la cabeza en la puerta. Sabía que seguramente podría echarla a bajo, pero ¿de qué serviría?—. Ya te lo dije. Bebo sangre de animales.

—Tú mataste a mi hijo —replicó ella—. Tú lo mataste y pusiste a un monstruo en su lugar.

—Yo soy tu hijo...

—Llevas su rostro y hablas con su voz, pero ¡no eres él! ¡No eres Simon! —Alzó la voz hasta casi gritar—. ¡Aléjate de mi casa antes de que te mate, monstruo!

—Becky —repuso él. Tenía el rostro húmedo; se lo tocó con las manos y las apartó; estaban manchadas: sus lágrimas eran de sangre—. ¿Qué le has dicho a Becky?

—¡No te acerques a tu hermana!

Simon oyó un repiqueteo dentro de la casa, como si algo se hubiera caído.

—Mamá —repitió, pero esa vez no le salía la voz. Sólo logró un susurro ronco. La mano le comenzó a palpar—. Tengo que saberlo, ¿está Becky ahí? Mamá, abre la puerta. Por favor...

—¡No te acerques a ella! —Su madre se estaba alejando de la entrada; Simon podía oírlo. Luego le llegó el inconfundible chirrido de la puerta de la cocina al abrirse, el crujido del linóleo al pisarlo ella. El sonido de un cajón al abrirse. De repente, se imaginó a su madre cogiendo uno de los cuchillos.

«Antes de que te mate, monstruo.»

Esa idea lo hizo tambalearse. Si ella le atacaba, la Marca actuaría. La destruiría como había hecho con Lilith.

Dejó caer la mano y se apartó lentamente, bajando a tumbos los escalones, y cruzó la acera hasta ir a parar a uno de los grandes árboles que daban sombra a las casas. Se quedó donde estaba, mirando la fachada de su casa, marcada y desfigurada por los símbolos del odio de su madre hacia él.

No, se recordó. Su madre no le odiaba. Lo creía muerto. Su odio era hacia algo que no existía.

«No soy lo que ella dice que soy.»

No supo cuánto rato se habría quedado allí mirando, si no le hubiera comenzado a sonar el teléfono, haciendo vibrar el bolsillo de su chaqueta.

Instintivamente, lo cogió, mientras se fijaba en que tenía quemado en la mano el dibujo del mezuzah de la puerta: Estrellas de David entrelazadas. Cambió de mano y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Sí?

—¿Simon? —Era Clary. Parecía estar sin aliento—. ¿Dónde estás?

—En casa —contestó, y calló un instante—. En la casa de mi madre —corrigió. Su voz le sonó vacía y distante—. ¿Por qué no has regresado al Instituto? ¿Están todos bien?

—De eso se trata —respondió ella—. Justo después de que te marcharas, Maryse bajó del tejado donde se suponía que Jace estaría esperando. No había nadie.

Simon se movió. Sin ser totalmente consciente de que lo estaba haciendo, como un muñeco mecánico, comenzó a caminar por la calle, hacia la estación del metro.

—¿Qué quieres decir con que no había nadie?

—Jace se había ido —explicó Clary, y él notó la tensión en su voz—. Y también Sebastian.

Simon se detuvo bajo la sombra de un árbol desnudo.

—Pero Sebastian estaba muerto. Está muerto, Clary...

—Entonces dime por qué su cuerpo no está allí, porque no lo está —dijo ella, y la voz se le acabó de romper—. Lo único que había allí arriba era un montón de sangre y de vidrios rotos. Ambos se han ido, Simon. Jace se ha ido...

PRIMERA PARTE

Más ángel malo

El amor es un espíritu familiar, el amor es un demonio;
no hay más ángel malo que el amor.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Trabajos de amor perdidos*

1

EL ÚLTIMO CONSEJO

Dos semanas después

—¿Cuánto crees que tardará el veredicto? —preguntó Clary.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban esperando, pero le parecían horas. No había relojes en el dormitorio negro y rosa intenso de Isabelle, sólo montones de ropa; columnas de libros; pilas de armas, y una cómoda rebosante de maquillaje brillante, pinceles usados y cajones abiertos derramando braguitas de encaje, medias finas y boas de plumas. Tenía un cierto aire a la estética de los bastidores de La jaula de las locas, pero durante las dos últimas semanas, Clary había pasado el tiempo suficiente entre esa reluciente confusión para comenzar a encontrarla reconfortante.

Isabelle, junto a la ventana con Iglesia en brazos, acariciaba distraída la cabeza del gato. Iglesia la miraba con torvos ojos amarillos. Al otro lado de la ventana, una tormenta de noviembre estaba en pleno apogeo, y la lluvia resbalaba por el vidrio como pintura clara.

—No mucho más —contestó Isabelle lentamente. No llevaba apenas maquillaje, lo que la hacía parecer más joven, sus oscuros ojos más grandes.

Clary, sentada en la cama de Izzy entre un montón de revistas y una repiqueteante pila de cuchillos serafines, tragó saliva con fuerza para sacarse el sabor amargo que le subía por la garganta.

«En seguida vuelvo. Cinco minutos.»

Eso había sido lo último que le había dicho al chico que amaba más que nada en el mundo. En ese momento pensaba que tal vez fuera lo último que le habría dicho.

Clary recordaba perfectamente ese momento. El jardín del tejado. La cristalina noche de octubre, con las estrellas ardiendo de un blanco helado en un despejado cielo negro. Las piedras del pavimento marcadas con runas negras, salpicadas de icor y sangre. La boca de Jace sobre la suya, lo único cálido en un mundo tembloroso de frío. Colgarse el anillo Morgenstern del cuello. «El amor que mueve el sol y todas las otras estrellas.» Volverse para buscarlo con la mirada mientras el ascensor se la llevaba, arrastrándola de nuevo hacia las sombras del edificio. Se había reunido con los otros en el vestíbulo; había abrazado a su madre, a Luke, a Simon, pero parte de ella, como siempre, se había quedado con Jace, flotando sobre la ciudad en aquel tejado, los dos solos en la fría y brillante ciudad eléctrica.

Maryse y Kadir fueron los que entraron en el ascensor para reunirse con Jace en el tejado y ver los restos del ritual de Lilith. Pasaron otros diez minutos antes de que Maryse regresara, sola. Cuando las puertas se abrieron y Clary vio su rostro, blanco, serio y agitado, lo supo.

Lo que había pasado después había sido como un sueño. El grupo de cazadores de sombras del vestíbulo había ido hacia Maryse; Alec se había separado de Magnus, e Isabelle se había puesto en pie de un salto. Ráfagas de luz blanca cortaron la oscuridad como los estallidos de los flashes de las cámaras en una escena del crimen, cuando, uno tras otro, los cuchillos serafines fueron iluminando las sombras. Clary se abrió paso y oyó la historia a trozos: el jardín del tejado estaba vacío; Jace había desaparecido. El ataúd de cristal que había contenido a Sebastian estaba destrozado; había trozos de cristal por todas partes. Sangre, aún fresca, goteaba del pedestal donde había estado colocado el ataúd.

Al instante, los cazadores de sombras comenzaron a hacer planes, a dispersarse en círculo y registrar el área alrededor del edificio. Magnus estaba allí, con chispas azules en las manos; le preguntó a Clary si tenía algo de Jace con que poder rastrearlo. Como atontada, ella le dio el anillo Morgenstern y se retiró a un rincón para llamar a Simon. Acababa de colgar el teléfono cuando la voz de uno de los cazadores de sombras se oyó sobre las otras.

—¿Rastrearlo? Eso sólo funcionará si aún sigue vivo. Con toda esa sangre no es muy probable...

De alguna manera, eso fue la gota que colmó el vaso. La prolongada hipotermia, el agotamiento y el shock le pasaron factura, y le se le doblaron las rodillas. Su madre la cogió antes de que llegara al suelo. Después de eso, todo fue una oscura confusión. Se despertó a la mañana siguiente en su cama en casa de Luke; se incorporó de golpe con el corazón disparado, convencida de que había tenido una pesadilla.

Mientras salía de la cama, los pálidos morados en las piernas y los brazos le contaron una historia diferente, al igual que la falta de su anillo. Se puso unos vaqueros y una sudadera, y se tambaleó hasta el salón donde encontró a Jocelyn, Luke y Simon sentados con expresión sombría. No le hacía falta preguntar, pero de todas formas lo hizo.

—¿Lo han encontrado? ¿Ha vuelto?

Jocelyn se puso en pie.

—Cariño, sigue desaparecido...

—Pero ¿no muerto? ¿Aún no han encontrado el cuerpo? —Se desplomó en el sofá junto a Simon—. No, no está muerto. Yo lo sabría.

Recordaba a Simon cogiéndole de la mano mientras Luke le explicaba lo que sabían: que Jace seguía desaparecido, y también Sebastian. La mala noticia era que la sangre del pedestal la habían identificado como la de Jace. La buena noticia era que había menos de la que habían creído; se había mezclado con el agua del ataúd y por eso habían tenido la impresión de que había mucha más de la que había en realidad. Por el momento pensaban que era muy posible que hubiera sobrevivido a lo que fuera que hubiera ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Clary.

Luke meneó la cabeza, sus ojos azules se ensombrecieron.

—Nadie lo sabe, Clary.

Ella sintió como si la sangre en las venas se le hubiera transformado en agua helada.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo. No puedo quedarme aquí sentada mientras Jace está desaparecido.

—Yo no me preocuparía por eso —repuso Jocelyn muy seria—. La Clave quiere verte.

Un hilo invisible se le quebró a Clary en las articulaciones y los tendones mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Lo que sea. Les diré cualquier cosa que quieran saber si encuentran a Jace.

—Les dirás lo que quieran saber porque tienen la Espada Mortal. —Había habido desesperación en la voz de Jocelyn—. Oh, cariño, lo lamento tanto...

Y en ese momento, dos semanas después de repetidos testimonios, después de que llamaran a docenas de testigos, después de que ella hubiera sujetado la Espada Mortal docenas de veces, Clary estaba sentada en el dormitorio de Isabelle y esperaba la decisión del Consejo sobre su futuro.

No podía evitar recordar cómo se había sentido sujetando la Espada Mortal. Era como si tuviera pequeños anzuelos clavados en la piel, arrancándole la verdad. Se había arrodillado, sujetándola, en medio del círculo de las Estrellas Parlantes, y había oído su voz explicándole todo al Consejo: cómo Valentine había alzado al ángel Raziel, y cómo ella le había arrebatado el poder de controlar al Ángel al borrar su nombre de la arena y escribir el suyo encima. Les había dicho cómo el ángel le había ofrecido un deseo, y que lo había empleado para levantar a Jace de entre los muertos; les explicó que Lilith había poseído a Jace, y que Lilith había planeado emplear la sangre de Simon para resucitar a Sebastian, el hermano de Clary, a quien Lilith consideraba su hijo. Les contó cómo la Marca de Caín de Simon había acabado con Lilith y que habían pensado que la vida de Sebastian también había terminado, y ya no era una amenaza.

Clary suspiró y abrió la tapa de su móvil para mirar la hora.

—Ya llevan una hora —dijo—. ¿Es normal? ¿Es una mala señal?

Isabelle dejó caer a Iglesia, que soltó un fuerte maullido. Fue a la cama y se sentó junto a Clary. Isabelle parecía más delgada que de costumbre; al igual que Clary, durante las dos últimas semanas había perdido peso, pero seguía tan elegante como siempre, con pantalones de pitillo negros y un ajustado top de terciopelo gris. El rímel se le había corrido alrededor de los ojos, lo que debería hacerla parecer un mapache, pero que, en vez de eso, le daba el aspecto de una estrella de cine francesa. Abrió los brazos, y sus brazaletes de electrum con sus talismanes de runas tintinearón armónicamente.

—No, no es una mala señal —contestó—. Sólo significa que tienen mucho de que hablar. —Se giró el anillo Lightwood que llevaba en el dedo—. No te pasará nada. No violaste la Ley. Eso es lo importante.

Clary suspiró. Incluso el calor del hombro de Isabelle junto al suyo era incapaz de derretir el hielo de sus venas. Sabía que, técnicamente, no había quebrantado ninguna Ley, pero también sabía que la Clave estaba furiosa con ella. Era ilegal que un cazador de sombras alzara a los muertos, pero no que lo hiciera el Ángel; de todas formas, lo que había hecho al pedir que Jace recobrarla la vida era algo tan enorme que Jace y ella habían acordado no decírselo a nadie.

Pero ya se sabía, y eso había hecho temblar a la Clave. Clary sabía que querían castigarla, aunque sólo fuera porque su elección había tenido consecuencias desastrosas. En cierto sentido, ella deseaba que la castigaran. Romperle los huesos, arrancarle las uñas, dejar que los Hermanos Silenciosos le rebuscaran en el cerebro con sus afilados pensamientos. Una especie de pacto con el diablo: su dolor a cambio del regreso de Jace sano y salvo. Le habría ayudado a superar su culpabilidad por haberle dejado en aquel tejado, aunque Isabelle y los demás le habían dicho cientos de veces que eso era ridículo, que todos habían pensado que estaba completamente a salvo allí, y que si Clary se hubiera quedado, seguramente también estaría desaparecida.

—Para ya —dijo Isabelle.

Por un momento, Clary no supo si Isabelle le estaba hablando a ella o al gato. Iglesia estaba haciendo lo que hacía a menudo cuando lo dejaban caer: tirarse en el suelo con las cuatro patas en alto, fingiendo estar muerto para que sus amos se sintieran culpables. Pero cuando Isabelle se echó el negro cabello hacia un lado y la miró muy fijamente, Clary supo que era a ella a quien estaba riñendo y no al gato.

—¿Que pare qué?

—De pensar morbosamente en todas las cosas horribles que te van a pasar, o que desearías que te pasaran porque tú estás viva y Jace está... desaparecido. —La voz de Isabelle dio un salto, como un disco al saltarse un surco. Nunca hablaba de Jace como si estuviera muerto o incluso ausente; Alec y ella se negaban a pensar siquiera en esa posibilidad. E Isabelle no le había reprochado ni una sola vez que le hubiera ocultado

un secreto tan enorme. Durante todo lo que había estado pasando, Isabelle había sido su defensora más acérrima. La esperaba todos los días en la puerta de la Sala del Consejo, y la cogía del brazo con firmeza mientras pasaban entre los grupos de cazadores de sombras, que la miraban cuchicheantes. La había esperado durante los inacabables interrogatorios del Consejo, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviera a mirar mal a Clary. Ésta se había quedado asombrada. Isabelle y ella nunca había sido muy íntimas, al ser ambas la clase de chicas que se siente más cómoda entre chicos que con otras compañías femeninas. Pero Isabelle no se apartaba de su lado. Clary estaba tan perpleja como agrade-cida.

—No puedo evitarlo —repuso Clary—. Si me permitieran salir a patrullar, si me permitieran hacer algo... creo que no sería tan malo.

—No lo sé —dijo Isabelle, cautelosa.

Durante las dos últimas semanas, Alec y ella habían estado agotados y con el rostro ceniciento después de patrullar y buscar durante dieciséis horas diarias. Cuando Clary había descubierto que le habían prohibido patrullar o buscar a Jace hasta que el Consejo decidiera qué hacerle por haberlo traído de vuelta de entre los muertos, ella había hecho un agujero en la puerta de su habitación de una patada.

—A veces da la sensación de ser todo tan inútil —añadió Isabelle.

El hielo se fue quebrando por los huesos de Clary.

—¿Significa eso que crees que está muerto?

—No, no lo creo. Lo que quiero decir es que pienso que seguro que ya no están en Nueva York.

—Pero también están patrullando por otras ciudades, ¿verdad? —Clary se llevó la mano al cuello, olvidando que ya no tenía allí el anillo Morgenstern. Magnus seguía tratando de rastrear a Jace, aunque todavía no había tenido ningún éxito.

—Claro que sí. —Isabelle alargó la mano con curiosidad y tocó la delicada campanita de plata que le colgaba a Clary alrededor del cuello, en lugar del anillo—. ¿Qué es esto?

Clary vaciló. La campanita había sido un regalo de la reina seelie. No, eso no era exacto. La reina de las hadas no hacía regalos. La campanita era para indicar a la reina seelie que Clary necesitaba su ayuda. Clary

había notado que la mano se le iba hacia ella cada vez más a menudo a medida que pasaban los días sin encontrar ningún rastro de Jace. Lo único que detenía a Clary era saber que la reina seelie nunca daba nada sin esperar algo terrible a cambio.

Antes de que Clary pudiera contestar a Isabelle, la puerta se abrió. Ambas chicas se sentaron tías como un palo, Clary aferrando uno de los cojines rosa de Izzy con tanta fuerza que la pedrería que la cubría se clavó en las palmas de las manos.

—Hola. —Alguien delgado entró en el cuarto y cerró la puerta. Alec, el hermano mayor de Isabelle, iba vestido con el traje del Consejo: un hábito negro estampado con runas plateadas, que en ese momento llevaba abierto sobre unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga. Tenía el cabello negro y liso como su hermana, pero lo llevaba más corto, justo sobre la altura del mentón. Apretaba los labios en una fina línea.

A Clary comenzó a latirle el corazón con fuerza. Alec no parecía contento. Fueran cuales fueran las noticias, no parecían buenas.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Isabelle en voz baja—. ¿Cuál es el veredicto?

Alec se sentó ante el tocador, al revés en la silla, para mirarlas sobre el respaldo. En otro momento habría sido cómico: Alec era muy alto, con las largas piernas de un bailarín, y el modo en que se tenía que plegar sobre la silla la hacía parecer un mueble de una casa de muñecas.

—Clary —contestó por fin—. Jia Penhallow ha presentado el veredicto. Se considera que no has cometido ningún delito. No has transgredido ninguna Ley, y Jia cree que ya estás recibiendo suficiente castigo.

Isabelle soltó un audible suspiro y sonrió. Por un momento, la sensación de alivio atravesó la capa de hielo que cubría las emociones de Clary. No la iban a castigar, a encerrarla en la Ciudad Silenciosa, atrapada en alguna parte donde no podría ayudar a Jace. Luke, que como representante de los licántropos en el Consejo había estado presente para el veredicto, había prometido llamar a Jocelyn en cuanto acabara la reunión, pero de todas formas, Clary cogió su móvil: la idea de darle a su madre buenas noticias para variar era demasiado tentadora.

—Clary —dijo Alec mientras ella abría la tapa del móvil—. Espera.

Clary lo miró. Su expresión seguía siendo tan seria como la de un

enterrador. Un repentino mal presentimiento le hizo volver a dejar el teléfono sobre la cama.

—Alec, ¿qué pasa?

—No ha sido por tu veredicto que el Consejo ha tardado tanto —explicó Alec—. Fue por otro asunto que había que discutir.

El hielo había vuelto. Clary se estremeció.

—¿Jace?

—No exactamente. —Alec se inclinó hacia ella y cerró las manos sobre el respaldo de la silla—. Esta mañana a primera hora ha llegado un informe desde el Instituto de Moscú. Durante el día de ayer, destrozaron las salvaguardas de la Isla de Wrangel. Han enviado un equipo de reparación, pero tener unas salvaguardas tan importantes inutilizadas durante tanto tiempo... es una prioridad para el Consejo.

Las salvaguardas, que servían, según Clary entendía, como una especie de sistema de vallas mágicas, rodeaban la Tierra; las habían colocado la primera generación de cazadores de sombras. Los demonios las podrían traspasar, pero no con facilidad, y mantenían fuera a la gran mayoría de ellos, lo que evitaba que el mundo sufriera una invasión masiva de demonios. Recordaba algo que Jace le había dicho hacía lo que parecía una eternidad: «Solía haber sólo pequeñas invasiones de demonios en este mundo, fáciles de contener. Pero incluso en los años que llevo viviendo más y más demonios se han ido colando por las salvaguardas».

—Bueno, es una pena —repuso Clary—, pero no entiendo qué tiene que ver con...

—La Clave tiene sus prioridades —le interrumpió Alec—. Buscar a Jace y a Sebastian había sido la principal prioridad durante las últimas dos semanas. Pero lo han registrado todo, y no hay ni señal de ellos en ningún antro de los subterráneos. Ninguno de los hechizos de rastreo de Magnus ha dado resultado. Elodie, la mujer que crió al verdadero Sebastian Verlac, confirmó que nadie se ha puesto en contacto con ella. De todas formas, eso era bastante improbable. Ningún espía ha informado de actividad inusual entre los miembros conocidos del antiguo Círculo de Valentine. Y los Hermanos Silenciosos no han podido determinar exactamente qué se suponía que debía hacer el ritual que Lilith llevó a cabo,

o si tuvo éxito. El consenso general es que Sebastian, aunque le llaman Jonathan cuando hablan de él, raptó a Jace, pero eso no es nada que no supiéramos ya.

—¿Y entonces? —preguntó Isabelle—. ¿Qué significa eso? ¿Más búsquedas? ¿Más patrullas?

Alec negó con la cabeza.

—No están hablando de ampliar la búsqueda —explicó—. Le están restando prioridad. Han pasado dos semanas y no se ha encontrado nada. Los grupos enviados especialmente desde Idris volverán a casa. La situación con la salvaguarda es la prioritaria ahora. Por no hablar de que el Consejo ha estado en medio de delicadas negociaciones, poniendo al día las Leyes para adaptarlas a la nueva formación del Consejo, nombrando un nuevo Cónsul y un nuevo Inquisidor, decidiendo el diferente trato que se les dará a los subterráneos... No quieren perder el hilo de todo eso.

Clary se lo quedó mirando.

—¿No quieren que la desaparición de Jace les haga perder el hilo del cambio de un puñado de estúpidas Leyes viejas? ¿Se están dando por vencidos?

—No se dan por vencidos...

—Alec —lo interrumpió Isabelle, cortante.

Alec respiró hondo y se cubrió el rostro con las manos. Tenía los dedos largos, como Jace, y también como Jace, llenos de cicatrices. La Marca del ojo de los cazadores de sombras le decoraba el dorso de la mano derecha.

—Clary, para ti, para nosotros, lo más importante siempre ha sido buscar a Jace. Para la Clave, se trata de buscar a Sebastian. A Jace también, pero sobre todo a Sebastian. Él es el peligro. Él destruyó las salvaguardas de Alacante. Es un asesino en masa. Jace es...

—Sólo un cazador de sombras más —concluyó Isabelle—. Morimos y desaparecemos constantemente.

—Él tiene un extra por ser un héroe de la Guerra Mortal —explicó Alec—. Pero al final, la Clave fue muy clara: la búsqueda continuará, pero por el momento se trata de esperar. Esperan que sea Sebastian quien dé el siguiente paso. Mientras tanto, es la tercera prioridad de la Clave. Si llega. Esperan que volvamos a la normalidad.

¿Normalidad? Clary no podía creerlo. ¿Una vida normal sin Jace?

—Eso es lo que nos dijeron después de la muerte de Max —comentó Izzy; no había lágrimas en sus ojos, pero ardían de rabia—. Que superáramos antes el dolor si volvíamos a hacer vida normal.

—Se supone que es un buen consejo —respondió su hermano.

—Díselo a papá. ¿Acaso ha vuelto de Idris para la reunión?

Alec negó con la cabeza y dejó caer las manos.

—No. Si sirve de consuelo, hubo mucha gente en la reunión que habló con rabia, apoyando seguir la búsqueda de Jace con todo lo que tenemos. Magnus, claro; Luke; el cónsul Penhallow; incluso el hermano Zachariah. Pero al final no resultó suficiente.

Clary lo miró fijamente.

—Alec —dijo—. ¿No sientes nada?

Alec abrió mucho los ojos; el azul de sus pupilas se oscureció y, por un momento, Clary recordó al chico que la había odiado cuando ella llegó por primera vez al Instituto, el chico con las uñas mordidas, agujeros en los suéteres y un resentimiento que parecía inamovible.

—Sé que estás enfadada, Clary —dijo él con voz cortante—, pero si estás sugiriendo que a Iz y a mí nos importa menos Jace que a ti...

—No sugiero eso —replicó Clary—. Estoy hablando de tu conexión de parabatai. He estado leyendo sobre la ceremonia en el Códice. Sé que ser parabatai os liga. Puedes notar cosas de Jace. Cosas que os ayudan cuando estáis luchando. Así que supongo que lo que quiero decir es... ¿puedes sentir si sigue vivo?

—Clary. —Isabelle parecía preocupada—. Pensaba que no...

—Está vivo —afirmó Alec con cautela—. ¿Crees que yo podría funcionar así si no estuviera vivo? Hay algo fundamental que no va bien. Eso lo noto. Pero aún respira.

—¿Lo que «no va bien» podría ser que lo retienen prisionero? —preguntó Clary con un hilillo de voz.

Alec miró hacia la ventana, a la lluvia gris que caía como una cortina.

—Tal vez. No puedo explicarlo. Nunca he sentido nada igual antes.

—Pero está vivo.

Alec la miró directamente.

—De eso estoy seguro.

—Entonces, ¡a la mierda el Consejo! Lo encontraremos nosotros —afirmó Clary.

—Clary... si fuera posible... no crees que ya habríamos... —comenzó Alec.

—Estábamos haciendo lo que la Clave quería que hiciéramos —dijo Isabelle—. Patrullas. Registros. Hay otras maneras.

—Maneras que van contra la Ley, te refieres —replicó Alec. Parecía vacilante. Clary esperó que no fuera a repetir el lema de los cazadores de sombras en lo referente a la Ley: *Sed lex, dura lex*. «La Ley es dura, pero es la ley.» No creía poder resistirlo.

—La reina seelie me ofreció un favor —dijo Clary—. Durante los fuegos artificiales en Idris. —El recuerdo de aquella noche, de lo feliz que había sido, hizo que se le encogiera el corazón, y tuvo que detenerse para recuperar el aliento—. Y un modo de ponerme en contacto con ella.

—La Reina de las Hadas no hace nada gratis.

—Lo sé. Aceptaré cualquier deuda que me cargue. —Clary recordaba las palabras de la chica hada que le había entregado la campanita: «Harías lo que fuera con tal de salvarle, te cueste lo que te cueste, sea cual sea tu deuda con el Cielo o el Infierno, ¿verdad?»—. Sólo quiero que uno de los dos venga conmigo. No se me da muy bien traducir el idioma de las hadas. Al menos, si estáis conmigo, podréis limitar el daño. Pero si hay algo que ella pueda hacer...

—Yo iré contigo —dijo Isabelle al instante.

Alec miró a su hermana, sombrío.

—Ya hemos hablado con las hadas. El Consejo las interrogó a fondo. Y no pueden mentir.

—El Consejo les ha preguntado si sabían dónde estaban Jace y Sebastian —replicó Clary—. No si estaban dispuestas a buscarlos. La reina seelie conocía a mi padre, sabía lo del ángel que invocó y atrapó, sabía la verdad sobre mi sangre y la de Jace. Creo que no hay mucho de lo que ocurre en este mundo que ella no sepa.

—Es cierto —admitió Isabelle, un poco más animada—. Ya sabes que hay que hacer la pregunta correcta a las hadas si se quiere conseguir de ellas alguna información útil, Alec. Es muy difícil interrogarlas, aunque tengan que decir la verdad. Sin embargo, un favor es diferente.

—Y tiene un peligro potencial literalmente ilimitado —replicó Alec—. Si Jace supiera que he dejado que Clary vaya a ver a la reina seelie, me...

—No me importa —exclamó Clary—. Él lo haría por mí. Dime que no lo haría. Si yo hubiera desaparecido...

—Arrasaría el mundo entero hasta poder desenterrarte de las cenizas. Lo sé —concluyó Alec, que parecía agotado—. ¿Acaso crees que yo no quiero arrasar el mundo entero en este momento? Sólo trato de ser...

—Un hermano mayor —terminó Isabelle—. Ya lo pillo.

Alec la miró como si estuviera esforzándose por controlarse.

—Si algo te pasara, Isabelle, después de Max y Jace...

Izzy se puso en pie, cruzó la sala y abrazó a Alec. El cabello oscuro de ambos, exactamente del mismo tono, se mezcló mientras Isabelle le susurraba algo al oído a su hermano; Clary los observó con no poca envidia. Siempre había querido tener un hermano. Y lo tenía. Sebastian. Era como querer un perrito de mascota y que te dieran un sabueso infernal en su lugar. Observó cómo Alec le tiraba del pelo a su hermana con cariño, asentía y la soltaba.

—Deberíamos ir todos —dijo él—. Pero al menos tendré que decirse lo a Magnus. Sería injusto no hacerlo.

—¿Quieres usar mi teléfono? —preguntó Isabelle, mientras le ofrecía el maltratado objeto rosa.

Alec negó con la cabeza.

—Está esperando abajo con los otros. Y tú también le tendrás que dar a Luke algún tipo de excusa, Clary. Estoy seguro de que espera que vuelvas a casa con él. Y dice que tu madre lo ha estado pasando muy mal con todo este asunto.

—Se culpa de la existencia de Sebastian. —Clary se puso en pie—. Aunque pensara que llevaba muerto todos estos años.

—No es culpa suya. —Isabelle descolgó su látigo dorado de la pared y se lo enrolló en la muñeca para que pareciera un juego de pulseras brillante—. Nadie la culpa.

En silencio, los tres recorrieron los pasillos del Instituto, extrañamente poblados de otros cazadores de sombras, algunos de los cuales eran parte de los grupos especiales enviados de Idris para ocuparse de la situación. Ninguno de ellos miró a Isabelle, Alec o Clary con mucha curio-

sidad. Al principio, Clary se había sentido como si la estuvieran observando, y había oído susurros de «la hija de Valentine» en tantas ocasiones que había comenzado a temer ir al Instituto, pero ya había tenido que estar tantas veces ante el Consejo que la novedad había perdido interés.

Bajaron en ascensor; la nave del Instituto estaba muy iluminada con luz mágica además de las antorchas de costumbre, y se hallaba llena de miembros del Consejo y sus familias. Luke y Magnus estaban sentados en un banco, charlando; junto a Luke había una mujer alta de ojos azules que se parecía mucho a él. Se había rizado el cabello y se lo había teñido de un color gris castaño, pero Clary aún la reconocía: la hermana de Luke, Amatis.

Magnus se levantó al ver a Alec y fue a hablar con él; Izzy pareció reconocer a alguien en los bancos de más allá y salió disparada, como solía, sin detenerse a decir adónde iba. Clary fue a saludar a Luke y a Amatis; ambos parecían cansados, y Amatis estaba dándole unas compasivas palmaditas en el hombro a su hermano. En cuanto vio a Clary, Luke se puso en pie y la abrazó. Amatis la felicitó por haber sido absuelta por el Consejo, y ella asintió; allí se sentía sólo a medias, la mayor parte de ella estaba como entumecida, y el resto respondía con piloto automático.

Veía a Magnus y a Alec por el rabillo del ojo. Estaban hablando; Alec muy cerca de Magnus, del modo en que las parejas parecían curvarse el uno en el otro cuando hablaban, en su propio universo cerrado. Se alegraba de verlos felices, pero también le dolía. Se preguntó si volvería a tener eso, o incluso si volvería a deseárselo. Recordó la voz de Jace: «Nunca quiero querer a nadie que no seas tú».

—La Tierra llamando a Clary —dijo Luke—. ¿No quieres volver a casa? Tu madre se muere por verte, y le encantaría ponerse al día con Amatis antes de que ésta vuelva a Idris mañana. Pensaba que podríamos ir a cenar. Tú eliges el restaurante. —Estaba tratando de que no se le notara la preocupación en la voz, pero Clary la notaba. Últimamente, ésta no había comido mucho, y la ropa comenzaba a quedarle grande.

—No tengo ganas de celebrarlo —respondió ella—. No después de que el consejo haya rebajado la prioridad de la búsqueda de Jace.

—Clary, eso no significa que vayan a dejarlo —repuso Luke.

—Lo sé. Pero es que... Es como cuando dicen que una operación de búsqueda y rescate ha pasado a ser una búsqueda de cadáveres. Es así como suena. —Tragó saliva—. De todas formas, estaba pensando en ir a cenar a Taki's con Isabelle y Alec —mintió—. Para... hacer algo normal.

Amatis miró hacia la puerta y entornó los ojos.

—Está lloviendo mucho.

Clary notó que los labios le formaban una sonrisa. Se preguntó si se veía tan falsa como ella la sentía.

—No me desharé.

Luke le puso algo de dinero en la mano; se le veía claramente aliviado de que Clary fuera hacer algo tan normal como salir con sus amigos.

—Pero prométeme que comerás algo.

—Vale. —A través de la punzada de culpabilidad, consiguió dirigir una auténtica medio sonrisa a Luke antes de darse la vuelta.

Alec y Magnus ya no estaban donde habían estado hacía un momento. Clary miró alrededor y vio el largo cabello negro de Izzy entre la multitud. Se hallaba junto a la enorme puerta doble del Instituto, hablando con alguien a quien Clary no podía ver. Ésta fue hacia allí; al acercarse, se sorprendió un poco al ver que uno del grupo era Aline Penhallow. Su brillante cabello negro estaba cortado elegantemente justo sobre los hombros; lo llevaba apartado del rostro, mostrando que tenía las orejas ligeramente puntiagudas. Llevaba el hábito del Consejo, y cuando Clary se acercó, vio que los ojos de la chica eran brillantes y de un color verde-azul muy poco corriente, un color que hizo que los dedos de Clary ansiasen sujetar sus lápices de colores por primera vez en dos semanas.

—Deber de ser muy raro eso de que tu madre sea la nueva Cónsul —estaba diciendo Isabelle a Aline cuando Clary se unió a ellas—. Aunque Jia sea mucho mejor que... Ey, Clary. Aline, ¿te acuerdas de Clary?

Las dos chicas intercambiaron una inclinación de cabeza. Una vez, Clary se había topado con Aline besando a Jace. En aquel momento había sido horrible, pero el recuerdo no la molestaba. Lo cierto era que se habría sentido muy aliviada si se hubiera topado allí con Jace besando a quien fuera. Al menos significaría que estaba vivo.

—Y ésta es la novia de Aline, Helen Blackthorn —dijo Isabelle con mucho énfasis. Clary le lanzó una mirada asesina. ¿Acaso Isabelle pensaba que era idiota? Además, recordaba a Aline diciéndole que había besado a Jace sólo como un experimento, para ver si algún chico era su tipo. Al parecer la respuesta había sido negativa—. La familia de Helen dirige el Instituto de Los Ángeles. Helen, te presento a Clary Fray.

—La hija de Valentine —soltó Helen. Parecía sorprendida y un poco impresionada.

Clary hizo una mueca.

—Intento no pensar demasiado en eso.

—Perdón. Entiendo por qué. —Helen se sonrojó. Tenía la piel muy pálida, con un ligero brillo, como una perla—. He votado para que el Consejo siguiera priorizando la búsqueda de Jace, por cierto. Lamento que no hayamos ganado.

—Gracias. —Clary no quería hablar del tema, así que se volvió hacia Aline—. Felicidades por el nombramiento de tu madre. Ser Cónsul debe de ser muy excitante.

Aline se encogió de hombros.

—Ahora tiene mucho más trabajo. —Se volvió hacia Isabelle—. ¿Sabías que tu padre se propuso para el cargo de Inquisidor?

Clary notó que Izzy se quedaba helada a su lado.

—No. No lo sabía.

—Me ha sorprendido —añadió Aline—. Pensaba que estaba muy entregado a la dirección de este Instituto... —Calló de golpe y miró más allá de Clary—. Helen, me parece que tu hermano está intentando hacer el mayor charco de cera fundida del mundo. Tal vez quieras pararlo.

Helen soltó un exasperado resoplido, murmuró algo sobre los preadolescentes y desapareció entre la gente justo cuando Alec se abrió paso hasta ellos. Abrazó a Aline; a veces, Clary se olvidaba de que los Penhallow y los Lightwood hacía años que se conocían. Alec miró a Helen entre la gente.

—¿Ésa es tu novia?

Aline asintió.

—Helen Blackthorn.

—He oído que en su familia hay algo de sangre de hada —comentó Alec.

«Ah», pensó Clary. Eso explicaba las orejas puntiagudas. La sangre de nefilim era dominante, y el hijo de una hada y de un cazador de sombras sería también un cazador de sombras, pero algunas veces, la sangre de hada se mostraba de formas raras, incluso varias generaciones después.

—Un poco —admitió Aline—. Oye, quería darte las gracias, Alec.

Alec la miró perplejo.

—¿Por qué?

—Por lo que hiciste en la Sala de los Acuerdos —contestó Aline—. Besar así a Magnus. Eso me dio el empujón que necesitaba para decirles a mis padres... para salir del armario con ellos. Y de no haberlo hecho, no creo que, cuando conocí a Helen, hubiera tenido el valor de decirle nada.

—Oh. —Alec parecía sorprendido, como si nunca hubiera considerado el impacto que sus acciones podían tener en alguien fuera de su familia cercana—. Y tus padres... ¿lo llevan bien?

Aline puso los ojos en blanco.

—Más bien como si no lo supieran, como si fuera a desaparecer si no hablan de ello —explicó Aline. Clary recordó lo que Isabelle le había contado sobre la actitud de la Clave hacia sus miembros gays: «Si pasa, no hablas de ello»—. Pero podría ser peor.

—Podría ser mucho peor —coincidió Alec, y había un tono sombrío en su voz que hizo que Clary lo mirara fijamente.

Aline puso cara de compadecerlo.

—Lo siento —dijo—. Si tus padres no son...

—No tienen ningún problema con eso —repuso Isabelle, un poco demasiado tajante.

—Bueno, como sea. No debería haber dicho nada ahora. No con Jace desaparecido. Debéis de estar muy preocupados. —Respiró hondo—. Sé que la gente seguramente os habrá dicho todo tipo de estupideces sobre él, como hacen cuando realmente no saben qué decir. Yo sólo... quería decir algo. —Impaciente, se apartó de uno que pasaba y se acercó más a los Lightwood y a Clary, bajando la voz—. Alec, Izzy, recuerdo una vez

que vinisteis a vernos a Idris. Yo tenía trece años y Jace tenía... creo que tenía doce. Quería ver el Bosque de Brocelind, así que cogimos prestados unos caballos y fuimos allí un día. Como era de esperar, nos perdimos. Brocelind es impenetrable. Oscureció, y los bosques parecían cada vez más espesos. Yo estaba aterrorizada, pensaba que íbamos a morir allí. Pero Jace no tuvo miedo. No dudó ni por un momento de que encontraríamos la salida. Tardamos horas, pero lo logramos. Él nos sacó de allí. Yo le estaba muy agradecida, pero él sólo me miró como si estuviera loca. Como si todo el rato hubiera sido evidente que nos iba a sacar de allí. Fracasar no era una opción. Lo único que digo es que encontrará su camino para volver con vosotros. Lo sé.

Clary no creía haber visto nunca llorar a Izzy, y era evidente que en ese momento estaba tratando de no hacerlo. Pero sus ojos estaban sospechosamente abiertos y brillantes. Alec se miraba los zapatos. Clary notó una fuente de dolor queriendo brotar en su interior, pero la contuvo; no podía pensar en cuando Jace era un niño, no podía pensar en él perdido en la oscuridad; porque, si no, pensaría en él ahora, perdido en algún lugar, atrapado en alguna parte, necesitado de ayuda, esperando a que ella llegara, y se quebraría.

—¡Aline! —Era Helen, agarrando firmemente por la muñeca a un chico más joven con las manos cubiertas de cera azul. Debía de haber estado jugando con las velas de los enormes candelabros que decoraban los costados de la nave. Parecía de unos doce años, mostraba una sonrisa maliciosa y tenía los mismos impresionantes ojos azules de su hermana, aunque su cabello era castaño oscuro—. Ya estamos aquí. Seguramente deberíamos irnos antes de que Jules destruya todo el lugar. Por no hablar de que no tengo ni idea de dónde se han metido Tibs y Livvy.

—Están comiendo cera —aportó el muchacho, Jules, tratando de ayudar.

—Oh, Dios —gruñó Helen, y luego les lanzó una mirada de disculpa—. No me hagáis caso. Tengo seis hermanos pequeños y uno mayor. Siempre es como un zoo.

Jules miró a Alec e Isabelle y luego a Clary.

—¿Cuántos hermanos tienes tú? —le preguntó.

Helen palideció.

—Somos tres —respondió Isabelle en una voz remarcablemente firme.

Jules siguió mirando a Clary.

—No os parecéis.

—No soy de su familia —dijo Clary—. Yo no tengo hermanos.

—¿Ninguno? —El tono del chico demostraba su incredulidad, como si le hubiera dicho que tenía los pies palmeados—. ¿Es por eso que pareces tan triste?

Clary pensó en Sebastian, con su cabello blanco como el hielo y los ojos negros.

«Si no tuviera un hermano —pensó—, nada de esto habría pasado.»

Una punzada de odio la recorrió, y le calentó la sangre helada.

—Sí —contestó suavemente—. Por eso estoy triste.